



Título original: *Madame Bovary*

© 2026, de la traducción por Jordi Vidal Tubau
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-35-3
DL: B 1.903-2026

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Kim Amate

Impreso en mayo de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



GUSTAVE FLAUBERT

MADAME BOVARY

COSTUMBRES DE PROVINCIA

TRADUCCIÓN DE JORDI VIDAL TUBAU



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026



PRIMERA PARTE



CAPÍTULO I

Estábamos en el aula de estudio cuando entró el director seguido de un nuevo alumno vestido como los de ciudad, y de un bedel que llevaba un gran pupitre. Los que dormían se despertaron y todos se levantaron como si los hubieran sorprendido trabajando.

El director nos mandó sentarnos; luego se dirigió al jefe de estudios:

—Monsieur Roger —le dijo a media voz—, le encargo este alumno, irá a quinto. Si su trabajo y conducta son meritorios, pasará a los mayores, que es la clase que le corresponde por edad.

El nuevo, que se había quedado en un rincón, detrás de la puerta, de modo que apenas lo veíamos, era un muchacho de campo, de unos quince años y más alto que cualquiera de nosotros. Llevaba el flequillo cortado recto, como un chantre de pueblo, y parecía formal y muy vergonzoso. Aunque no era muy ancho de espaldas, la chaqueta de paño verde con botones negros que llevaba debía de tirarle en las sisas, y por la boca de las mangas se le veían unas muñecas rojas, acostumbradas a ir al descubierto. Las piernas, con calcetines azules, le salían de un pantalón amarillento muy estirado por los tirantes. Llevaba unos zapatos robustos, mal lustrados, con clavos.

Empezamos a recitar la lección. Él escuchó muy concentrado, atento como si asistiera al sermón, sin atreverse a cruzar las piernas ni apoyarse, y a las dos, cuando sonó la campana, el jefe de estudios tuvo que avisarlo para que se pusiera en la fila con nosotros.

Teníamos por costumbre arrojar las gorras al suelo al entrar en el aula para quedarnos con las manos más libres; desde el umbral de la puerta las lanzábamos bajo el banco, de modo que golpearan contra la pared y levantaran una nube de polvo; era nuestro estilo.

Pero, ya fuera porque no había observado aquella maniobra o porque no se atreviera a participar en ella, cuando terminó la oración el nuevo aún tenía la gorra sobre las rodillas. Era uno de esos tocados de orden compuesto, en los que se encuentran los elementos de la boina de piel, del *champska*¹, del sombrero redondo, de la gorra de nutria y del gorro de dormir; en fin, uno de esos desdichados objetos cuya muda fealdad posee profundidades de expresión similares a las del rostro de un retrasado. Ovoide y abultado por las ballenas, empezaba con tres morcillas circulares; luego se alternaban, separados por una franja roja, rombos de terciopelo y otros de piel de conejo; venía después una especie de saco que terminaba en un polígono acartonado, cubierto de complicada pasamanería, del que colgaba, en el extremo de un cordón demasiado fino, una crucecita de hilos de oro a modo de borla. Era nuevo; la visera relucía.

—Levántese —dijo el profesor.

Se levantó y la gorra cayó al suelo. Toda la clase se echó a reír. Él se agachó para cogerla. El chico que tenía al lado la tiró al suelo con el codo; él la recogió una vez más.

—A ver si se deshace del casco de una vez —dijo el profesor, que era un hombre bromista.

Hubo un estallido de risas de los colegiales que desconcertó al pobre muchacho, de modo que no sabía si tenía que conservar la gorra en la mano, dejarla en el suelo o ponérsela en la cabeza. Se sentó y la dejó sobre las rodillas.

—Levántese y dígame cómo se llama —prosiguió el profesor.

Con la voz embarullada, el nuevo articuló un nombre ininteligible.

¹ Sombrero de procedencia polaca utilizado por los lanceros del ejército imperial. (N. del T.)

—¡Repítalo!

Se oyó el mismo embarullamiento de sílabas, ahogado por los abucheos de la clase.

—¡Más fuerte! —gritó el maestro—. ¡Más fuerte!

Entonces él, tomando una resolución extrema, abrió una boca desmesurada y soltó a pleno pulmón, como si estuviera llamando a alguien, una única palabra:

—*Charbovari*.

De pronto estalló un alboroto que fue *in crescendo*, con gritos más agudos (bramábamos, ladrábamos, pataleábamos, repetíamos: «¡*Charbovari*, *Charbovari*!»), luego se prolongó en algunas notas aisladas, atenuándose con dificultad, y a veces se avivaba repentinamente en un banco de la fila, donde surgía aquí y allá, como un petardo mal apagado, una risa ahogada.

Pero el orden fue restableciéndose poco a poco en clase bajo una lluvia de castigos, y el profesor, que por fin había conseguido entender el nombre de Charles Bovary porque se lo habían dictado, deletreado y releído, ordenó al pobre infeliz que fuera a sentarse en el banco de los castigados, al pie de la cátedra. El chico se puso en movimiento, pero antes de irse, vaciló.

—¿Y ahora qué busca? —preguntó el profesor.

—La go... —dijo tímidamente el nuevo, mirando con inquietud a su alrededor.

—¡Quinientos versos a toda la clase! —el profesor exclamó con voz furiosa y detuvo, como el *Quos ego*², una nueva borrasca. Indignado y enjugándose la frente con un pañuelo que se había sacado del birrete, continuó—: ¡Silencio todos! Y usted, el nuevo, me copiará veinte veces el verbo *Ridiculus sum*. ¡Vamos, hombre, ya encontrará la gorra, seguro que no se la han robado!

Se restableció la calma. Las cabezas se inclinaron sobre las carpetas, y el nuevo observó durante dos horas un comportamiento ejemplar, aunque de vez en cuando alguna bolita de papel lanzada con la punta de la pluma venía a salpicarle la

² Inicio de una célebre invectiva en la *Eneida* de Virgilio, en la que Neptuno lanza amenazas contra los vientos. (*N. del T.*)

cara. Pero él se limpiaba con la mano y se quedaba inmóvil, con la vista bajada.

Por la tarde, en el aula de estudio, sacó del pupitre los maniguitos, ordenó los utensilios y colocó el papel con cuidado. Lo vimos trabajar a conciencia, buscando cada palabra en el diccionario y esforzándose mucho. Probablemente, esa buena voluntad que demostró evitó que pasara a la clase inferior, porque, aunque se sabía bastante bien las reglas, no manejaba las frases con demasiada elegancia. Había empezado a estudiar latín con el párroco del pueblo, porque sus padres, para ahorrar, lo habían mandado a la escuela lo más tarde posible.

Su padre, Charles-Denis Bartholomé Bovary, antiguo ayudante de cirujano del Ejército, comprometido hacia 1812 en asuntos de reclutamiento, y obligado en esa época a dejar el servicio, aprovechó sus encantos personales para cazar al vuelo una dote de sesenta mil francos que se presentó en la persona de la hija de un tendero de género de punto, enamorada de su buena figura. Era bello, fanfarrón, hacía resonar los espolones, llevaba las patillas unidas al bigote y los dedos cargados de anillos, vestía con colores llamativos y tenía el aspecto de un valiente, con el desparpajo de un viajante de comercio. Una vez casado, vivió durante dos o tres años de la fortuna de su esposa; cenaba bien, se levantaba tarde, fumaba en grandes pipas de porcelana, volvía a casa después de los espectáculos y frecuentaba los cafés. Su suegro falleció y dejó poca cosa; él se indignó y se metió en negocios; perdió en ellos mucho dinero y luego se retiró al campo para explotar la tierra. Pero, como entendía tan poco de cultivos como de tejidos, y montaba los caballos en vez de hacerles trabajar, se bebía la sidra en botellas en vez de venderla en barriles, se comía las mejores bestias del corral y se lustraba las botas de caza con la manteca de los cerdos, pronto comprendió que más le valía dejarse de especulaciones.

Por un alquiler de doscientos francos al año encontró, en un pueblo entre las comarcas de Caux y Picardía, una suerte de casa de labranza, mitad granja mitad casa de señores; y

amargado, consumido por la añoranza, acusando al cielo y envidioso de todo el mundo, se encerró allí a los cuarenta y cinco años, hastiado de los hombres, decía, y resuelto a vivir en paz.

Tiempo atrás, su mujer había estado locamente enamorada de él; le había querido con mil muestras de servilismo, que lo alejaron más, si cabe. Había sido retozona, expansiva y amorosa, pero, al envejecer, como el vino pasado que se convierte en vinagre, se había ido volviendo de trato difícil, gruñona, nerviosa. ¡Había pasado tantos años sufriendo sin quejarse al principio, cuando lo veía perseguir a todas las busconas del pueblo y cuando cada noche lo veía volver de veinte tugurios, hastiado y apestando a borracho! Luego, se le sublevó el orgullo. Entonces calló y se tragó la rabia con un estoicismo mudo que mantuvo hasta la muerte. No dejaba de hacer recados y gestiones. Iba a ver a los abogados, al presidente de la audiencia, se acordaba del vencimiento de los pagarés, obtenía prórrogas; y en casa planchaba, cosía, lavaba, vigilaba a los trabajadores, les pagaba los jornales, mientras el señor, continuamente aletargado en una somnolencia desdeñosa de la que solo se despertaba para decirle impertinencias, se pasaba el día fumando junto al fuego y escupiendo en la ceniza.

Cuando dio a luz a un hijo, tuvo que dejarlo con una nodriza. Una vez en casa, lo malcriaron como si fuera un príncipe. Su madre lo hartaba de golosinas; su padre le dejaba correr descalzo, e incluso decía, para hacerse el filósofo, que podía ir desnudo, como los cachorros de los animales. Contrariamente a las tendencias de la madre, él tenía en mente un determinado ideal viril de la infancia, en virtud del cual trataba de formar a su hijo: quería darle una buena educación espartana, para que adquiriera una buena constitución. Lo mandaba a la cama sin lumbre, le enseñaba a beber buenos tragos de ron y a insultar a las procesiones. Pero el niño, pacífico por naturaleza, no respondía a sus empeños. Iba siempre pegado a las faldas de su madre, que le recortaba figuritas de cartón, le contaba cuentos, sostenía con él unos diálogos interminables,

lentos de alegría melancólica y de cháchara empalagosa. En el aislamiento de su vida, ella proyectó en aquel hijo todas sus vanidades dispersas, rotas. Soñaba con grandes posiciones, lo veía ya de mayor, atractivo, inteligente, bien situado en la magistratura, o ingeniero de caminos. Le enseñó a leer, e incluso a cantar dos o tres cancioncillas con un viejo piano que tenía. Pero cuando veía todo esto, monsieur Bovary, poco interesado en las letras, decía que todo aquello no merecía la pena. ¿Acaso tendrían dinero para mandarlo a las escuelas de la administración, para comprarle un cargo o montarle un negocio? Además, «Con un poco de descaro, un hombre siempre se las arregla en la vida». Madame Bovary se mordía los labios, y el niño vagabundeaba por el pueblo.

Seguía a los campesinos y espantaba a los cuervos a golpes de terrón cuando alzaban el vuelo. Comía moras al borde de los márgenes, guardaba pavos con una caña, extendía la hierba segada, corría por el bosque; cuando llovía, jugaba a la rayuela bajo los porches de la iglesia, y los días de fiesta grande suplicaba al sacristán que le dejara tocar las campanas, para poder colgarse de la cuerda y sentir cómo lo arrastraba hacia arriba.

Creció así como un roble. Desarrolló unas manos fuertes y unos colores saludables.

A los doce años, su madre logró que comenzara a estudiar. De eso se encargó el párroco. Pero las lecciones eran tan cortas e irregulares que no podían servir de mucho. Las hacían a ratos perdidos, en la sacristía, de pie y deprisa y corriendo, entre un bautizo y un entierro; o bien, cuando no tenía que salir, el párroco mandaba a buscar a su alumno después del ángelus. Subían a su habitación y se instalaban allí; las moscas y las polillas revoloteaban alrededor de la vela. Hacía calor, el chico se dormía; el buen hombre se amodorraba con las manos sobre el estómago y no tardaba en roncar, con la boca abierta. Otras veces, cuando el cura volvía de llevar el viático a algún enfermo de los alrededores, veía a Charles remoloneando por el campo, lo llamaba, le largaba un sermoncito y aprovechaba

la ocasión para hacerle conjugar algún verbo al pie de un árbol. Venía a interrumpirlos la lluvia, o algún conocido que pasaba, pero el cura siempre estaba contento con él e incluso decía que ese joven tenía mucha memoria.

Charles no podía seguir así. La madre se mostró enérgica. Avergonzado, o quizá cansado, el padre cedió sin oponer resistencia; y esperaron otro año, hasta que el muchacho hiciera la primera comunión.

Pasaron seis meses más, y al año siguiente Charles entró definitivamente en el colegio de Ruan, donde lo acompañó su padre a finales de octubre, en la época de la feria de San Román.

Ahora nos resultaría imposible a ninguno de nosotros recordar nada de él. Era un chico de temperamento moderado, que jugaba en el recreo, trabajaba en el estudio, escuchaba en clase, dormía y comía bien. Tenía como correspondiente a un buhonero al por mayor de la rue Ganterie que lo sacaba una vez al mes, los domingos, después de cerrar la tienda. Lo mandaba al puerto a ver los barcos, luego lo devolvía al colegio a las siete, antes de cenar. Todos los jueves por la tarde Charles escribía una larga carta a su madre, con tinta roja y tres lacres; después repasaba los cuadernos de historia o leía un viejo volumen del *Anacarsis* que corría por la sala de estudio. Cuando salía a pasear, charlaba con el criado, que era de pueblo como él.

A fuerza de aplicarse, siempre se mantuvo en la media de la clase, incluso una vez ganó un primer accésit de Historia Natural. Pero después de tercero, sus padres lo sacaron del colegio para hacerle estudiar Medicina, convencidos de que podría sacarse el bachillerato él solo.

Su madre le encontró una habitación en un cuarto piso que daba al Eau-de-Robec, en casa de un tintorero conocido suyo. Hicieron tratos para el hospedaje, se agenció muebles, una mesa y dos sillas, mandó traer de casa una cama antigua de madera de cerezo y compró una estufa de hierro colado, con provisión de leña para calentar a su pobre hijo. Se marchó de allí al cabo de una semana, no sin antes recomendarle mil veces que se portara bien, ahora que solo dependía de sí mismo.

El programa de asignaturas que leyó en los tableros de anuncios lo dejó como aturdido: Anatomía, Patología, Fisiología, Farmacia, Química, Botánica, Clínica y Terapéutica, sin contar Higiene y Medicina general, nombres todos ellos cuya etimología ignoraba y que eran como puertas de santuarios llenos de augustas tinieblas.

No entendió nada; por más que escuchara, no lo comprendía. Aun así, trabajaba, forraba sus cuadernos, seguía las clases y no se perdía ni una sola visita. Cumplía las tareas cotidianas como si fuera uno de esos caballos de noria que dan vueltas con los ojos tapados, ignorantes del trabajo que completan.

Para ahorrar, su madre le enviaba cada semana por el ordinario un trozo de ternera al horno, que se comía para almorzar, cuando volvía del hospital pateando para entrar en calor. Luego tenía que irse corriendo a clase, al anfiteatro, al hospicio, y después regresar a casa pasando por todas las calles. Por la noche, tras la frugal cena del hospedero, subía a la habitación y se ponía a trabajar, con la ropa mojada humeando ante la estufa candente.

En pleno verano, al anochecer, a la hora en que las calles están desiertas y las criadas salen a jugar con el rehilete delante de las casas, Charles abría la ventana y se apoyaba en el alféizar. El río, que convierte este barrio de Ruan en una Venecia pequeña e inmunda, pasaba allá abajo, a sus pies, amarillo, violeta o azul, entre puentes y verjas. Unos obreros, agachados en la orilla, se lavaban los brazos en el agua. En las perchas que salían de los desvanes de las casas había madejas de algodón secándose al aire. Enfrente, más allá de los tejados, se extendía el cielo vasto y puro, con el sol rojo de poniente. ¡Qué bien se estaría allí! ¡Qué fresquito se estaría en el hayedo! Y ensanchaba los orificios de la nariz para aspirar los olores del campo, que no llegaban hasta él.

Adelgazó, se estiró y se le formó en la cara una suerte de expresión dolida que lo hacía casi interesante.

De forma natural, por indolencia, llegó a liberarse de todas las resoluciones que había tomado. Un día faltó a la visita, al

día siguiente a clase, y, deleitándose en la pereza, poco a poco, ya no volvió.

Adquirió la costumbre de ir al casino, con la pasión del dominó. Encerrarse cada noche en un establecimiento público y golpear las mesas de mármol con unos huesecillos de cordero marcados con puntos negros se le antojaba un valioso acto de libertad que acrecentaba su amor propio. Era como la iniciación en la sociedad, el acceso a placeres prohibidos; y cuando entraba, tocaba el pomo de la puerta con un gozo casi sensual. Entonces, muchas cosas comprimidas en su interior se dilataron; se aprendió de memoria cuplés que cantaba en las bienvenidas, se entusiasmó con Béranger³, aprendió a preparar ponche y por fin conoció el amor.

Gracias a estos trabajos preparatorios, suspendió el examen de oficial médico⁴. ¡Esa misma noche lo aguardaban en casa para celebrar el éxito!

Fue a pie hasta allí y se esperó a la entrada del pueblo, donde mandó avisar a su madre, y se lo contó todo. Ella lo disculpó, atribuyendo el suspenso a la injusticia de los examinadores, y le animó un poco, encargándose de arreglar las cosas. Monsieur Bovary no supo la verdad hasta transcurridos cinco años; ya era agua pasada, y lo aceptó, porque no podía concebir que alguien engendrado por él fuera un auténtico borrico.

De modo que Charles se puso a estudiar otra vez, y preparó sin interrupción todas las asignaturas del examen hasta saberse de memoria cada pregunta. Aprobó con bastante buena nota. ¡Qué día tan grande para su madre! Lo celebraron con una gran cena.

¿Dónde iría a ejercer su arte? En Tostes. Allí solo había un médico viejo. Hacía tiempo que Madame Bovary acechaba su muerte, y cuando el pobre hombre aún no había cerrado los

³ Pierre-Jean de Béranger (1780-1857) fue un poeta francés de ideología liberal, muy popular como letrista de canciones. (N. del T.)

⁴ Los oficiales de sanidad (en francés *officiers de santé*) no eran médicos, sino diplomados en Medicina con ejercicio restringido y sin autorización para realizar intervenciones quirúrgicas importantes sin la presencia de un médico. (N. del T.)

ojos, Charles ya se había instalado en la casa de enfrente como sucesor suyo.

Pero no bastaba con haber educado al hijo, haberle dado la carrera de medicina y descubierto Tostes para ejercerla. Necesitaba una mujer. Le encontró una: la viuda de un ujier de Dieppe, que tenía cuarenta y cinco años y mil doscientas libras de renta.

A pesar de ser fea, seca como un palo y granujienta, la verdad es que a Madame Dubuc no le faltaban pretendientes donde elegir. Para alcanzar sus fines, Madame Bovary tuvo que vencerlos a todos, e incluso desarticuló con bastante habilidad las intrigas de un charcutero que contaba con el apoyo de los curas.

Charles había atisbado en el matrimonio el advenimiento de una condición mejor, imaginando que sería más libre y que podría disponer de su persona y de su dinero. Pero quien resultó mandar fue ella; delante de la gente, Charles tenía que decir esto y no lo otro, guardar abstinencia cada viernes, vestirse como a ella le gustaba, perseguir por orden suya a los clientes que no pagaban. Le abría las cartas, espiaba sus movimientos y lo escuchaba a través del tabique cuando en la consulta había una mujer.

Necesitaba chocolate todas las mañanas, un sinfín de atenciones. No dejaba de quejarse de los nervios, del pecho, de los humores. El ruido de pasos la molestaba; si Charles se ausentaba, la soledad le resultaba odiosa; si volvía, era para verla morir, naturalmente. Por la noche, cuando Charles regresaba, ella sacaba de debajo de las sábanas unos brazos largos y delgados, se los echaba al cuello, le hacía sentarse en el borde de la cama y empezaba a hablar de sus penas: la estaba olvidando, ¡amaba a otra! Ya le habían dicho que iba a ser desgraciada; y terminaba pidiéndole algún jarabe para la salud y un poco más de amor.

CAPÍTULO II

Una noche, a eso de las once, los despertó el ruido de un caballo que se detenía justo delante de la puerta. La sirvienta abrió la claraboya del desván y parlamentó un rato con un hombre que se había quedado abajo, en la calle. Venía a buscar al médico; traía una carta. Nastasie bajó la escalera tiritando y abrió la cerradura y los cerrojos, uno tras otro. El hombre dejó el caballo y, siguiendo a la sirvienta, entró con presteza tras de ella. Sacó del gorro de lana con borlas grises una carta envuelta en un trapo y se la presentó delicadamente a Charles, que se recostó sobre la almohada para leerla. Nastasie, junto a la cama, sostenía la lámpara. La señora, por pudor, se había vuelto hacia la pared y les daba la espalda.

Aquella carta, sellada con cera azul, suplicaba a monsieur Bovary que fuera inmediatamente a la granja de Les Bertaux para curar una pierna rota. Pero de Tostes a Les Bertaux había seis leguas largas de camino, pasando por Longueville y Saint-Victor. Era noche cerrada. Madame Bovary temía que su marido sufriera algún accidente. Por tanto, se decidió que el mozo de cuadra se adelantaría. Charles partiría al cabo de tres horas, cuando saliera la luna. Mandarían a algún muchacho que fuera a buscarlo, para mostrarle el camino de la granja y abrirle las cercas.

Hacia las cuatro de la madrugada, Charles, bien abrigado, se puso en camino hacia Les Bertaux. Todavía adormilado, se abandonaba como un niño al pacífico trote del caballo. Cuando el animal se detenía ante los hoyos rodeados de espinos que se abren al borde de los surcos, Charles se despertaba sobresaltado, se acordaba de pronto de la pierna rota y trataba de ha-

cer memoria de todas las fracturas que conocía. Había dejado de llover, comenzaba a clarear, y en las ramas deshojadas de los manzanos los pájaros se estaban quietos, erizando sus diminutas plumas contra el viento frío de la mañana. La llanura se extendía hasta perderse de vista, y las masas de árboles en torno a las casas, en intervalos lejanos, formaban manchas de un violeta oscuro sobre aquella superficie gris que, en el horizonte, se fundía con el color lúgubre del cielo. Charles abría los ojos de vez en cuando, pero se le fatigaba la mente y volvía a rendirse al sueño, y entonces entraba en una especie de amodorramiento que le hacía confundir las sensaciones recientes con los recuerdos, se veía a sí mismo por partida doble, a la vez estudiante y casado, tendido en la cama como hacía un momento, y cruzando una sala de hospital como tiempo atrás. Se le mezclaba en la cabeza el olor caliente de las cataplasmas con el verde olor del rocío; oía correr las anillas de las cortinas por la barra de hierro, y dormir a su esposa... Al pasar por Vassonville, vio al borde de la cuneta a un chico sentado en la hierba.

—¿Es usted el médico? —preguntó el muchacho.

Y, ante la respuesta de Charles, cogió los zuecos y echó a correr delante de él.

Por el camino, el oficial médico supuso, por lo que le había contado el chico, que monsieur Rouault debía de ser un agricultor acomodado. Se había roto la pierna la noche anterior, cuando volvía de celebrar Reyes en casa de un vecino. Su esposa había fallecido dos años antes. Vivía solo con la señorita, que le ayudaba a llevar la casa.

Las rodadas se hicieron más profundas. Se aproximaban a Les Bertaux. Entonces el muchacho se deslizó por un agujero en el seto, desapareció y volvió a salir al patio para abrir la puerta. El caballo resbalaba sobre la hierba mojada; Charles se agachaba para pasar bajo las ramas. Los perros atados ladraban y tiraban de la cadena. Cuando entró en Les Bertaux, el caballo se asustó e hizo un gran movimiento de costado.

La granja tenía buena apariencia. En las cuadras se veían grandes caballos de labranza que comían tranquilamente en pese-

bres nuevos. A lo largo de los edificios se extendía un amplio estercolero, que desprendía vaho, y entre las gallinas y los pavos picoteaban cinco o seis pavos reales, lujo de los corrales de la comarca. El redil era largo y la granja alta, con paredes lisas como la palma de la mano. Bajo el cobertizo había dos carros grandes y cuatro arados, con las fustas, las colleras y todos los arneses completos, y la pelusa de lana azul se ensuciaba bajo el fino polvo que caía de los graneros. El patio hacía subida, había árboles plantados simétricamente, y cerca de la charca se oía el alegre rumor de una bandada de gansos.

Una mujer joven, con un vestido de merino azul adornado con tres volantes, salió al umbral de la casa para recibir a monsieur Bovary y le hizo pasar a la cocina, donde ardía un buen fuego. A su alrededor se cocía el almuerzo de los trabajadores, en cazos de distintos tamaños. En el interior de la chimenea había ropa húmeda secándose. La pala, las tenazas y el pitorro de la mancha, todo de proporciones colosales, relucían como acero pulido, mientras que a lo largo de las paredes se extendía una abundante batería de cocina, donde se reflejaba de forma desigual la llama del hogar, junto a los primeros albores del sol, que entraban a través de los cristales.

Charles subió al primer piso para ver al enfermo. Lo encontró en la cama, sudando bajo las mantas sin el gorro de dormir, que había arrojado lejos. Era un hombrecillo gordo, de unos cincuenta años, de piel blanca y ojos azules, medio calvo y con pendientes. A su lado, sobre una silla, había una gran botella de aguardiente, de la que se servía de vez en cuando para calentarse el estómago; pero, tan pronto como vio entrar al médico, aquella exaltación desapareció y, en lugar de soltar juramentos, como había estado haciendo durante doce horas, comenzó a gemir débilmente.

La fractura era sencilla, sin ningún tipo de complicación. Charles no se habría atrevido a esperar nada más fácil. Entonces, recordando lo que había visto hacer a sus maestros durante las visitas, reconfortó al paciente con toda suerte de palabras agradables, caricias quirúrgicas que son como el aceite con el

que se lubrican los bisturís. Para conseguir tablillas, fueron al cobertizo a buscar un fajo de listones de madera. Charles eligió una, la cortó en varias partes y la pulió con un trozo de vidrio, mientras la sirvienta rasgaba sábanas para hacer vendas y mademoiselle Emma trataba de coser unas almohadillas. Viendo que tardaba en encontrar el costurero, su padre perdió la paciencia; ella no respondió, pero al coser se pinchaba los dedos y se los llevaba a la boca para chuparlos.

Charles quedó asombrado por la blancura de sus uñas. Eran brillantes, finas en la punta, más pulidas que los marfiles de Dieppe, y recortadas en forma de almendra. En cambio, sus manos no eran bonitas, quizá no lo bastante pálidas, y algo delgadas en las falanges; también eran demasiado largas, y sin inflexiones carnosas en los contornos. Lo más bonito que tenía eran los ojos: aun siendo marrones, parecían negros debido a las pestañas, y fijaba la mirada con franqueza y con cándido atrevimiento.

Una vez efectuada la cura, monsieur Rouault invitó personalmente a Charles a tomar un bocado antes de marcharse.

Charles fue a la sala, en la planta baja. Habían puesto dos cubiertos, con vasos de plata, en una mesita, al pie de una gran cama con dosel, cubierta con una tela de indiana con estampados que representaban a turcos. Se percibía un olor a lirios y sábanas húmedas, que provenía de un armario alto, de roble, encarado a la ventana. En el suelo, en los rincones, había alineados sacos de trigo colocados en vertical. Era lo que no cabía en el granero, al que se subía por tres escalones de piedra. En medio de la pared, cuya pintura verde se desconchaba por el salitre, decoraba la estancia una cabeza de Minerva dibujada a lápiz negro, con un marco dorado, y al pie se leía escrito en letras góticas: «A mi querido papá».

Primero hablaron del padre, después del tiempo, de los fríos, de los lobos que rondaban por los campos por las noches. Mademoiselle Rouault no se divertía mucho en el campo, sobre todo entonces que se había quedado casi sola para hacerse cargo de la granja. Como la sala era fría, tiritaba mientras comía,

lo cual realzaba sus labios carnosos, que tenía la costumbre de morderse en los momentos de silencio.

Su cuello salía de una solapa blanca. Llevaba los cabellos partidos en dos crenchas negras y tan lisas que parecían cortadas de una sola pieza; las separaba una fina raya que se hundía ligeramente siguiendo la curva del cráneo; y, dejando ver apenas el lóbulo de las orejas, iban a fundirse detrás en un moño abundante, con un leve movimiento ondulado en las sienes, que el médico rural observó por primera vez en su vida. Tenía las mejillas rosadas. Llevaba metidos entre dos botones del corpiño, como los hombres, unos lentes de pinza.

Cuando Charles, tras haber subido a despedirse de monsieur Rouault, regresó a la sala antes de irse, la encontró de pie, con la frente apoyada en la ventana y mirando el jardín, donde el viento había tumbado las cañas de las judías.

—¿Busca usted algo? —preguntó.

—La fusta, si me hace el favor —respondió él.

Y empezó a huronear sobre la cama, detrás de las puertas, bajo las sillas; había caído al suelo, entre los sacos y la pared. Mademoiselle Emma lo vio; se inclinó sobre los sacos de trigo. Charles, por galantería, se abalanzó y, cuando extendió el brazo al mismo tiempo que ella, notó que su pecho rozaba la espalda de la joven, agachada debajo. Ella se enderezó muy sonrojada y lo miró por encima del hombro, mientras le tendía la fusta.

En lugar de volver a Les Bertaux al cabo de tres días, tal como había prometido, regresó al día siguiente, y después dos veces por semana, regularmente, sin contar las visitas inesperadas que hacía allí de tarde en tarde, como por descuido.

Por otra parte, todo iba bien; la recuperación siguió el curso normal y, cuando al cabo de cuarenta y seis días vieron que monsieur Rouault intentaba caminar solo por su «choza», se empezó a considerar a monsieur Bovary como un hombre de gran capacidad. El viejo Rouault decía que no lo habrían hecho mejor ni los principales médicos de Yvetot, ¡ni siquiera los de Ruan!

En lo que respecta a Charles, no se paró a pensar por qué le

gustaba tanto ir a Les Bertaux. Si lo hubiera pensado, probablemente habría atribuido ese celo a la gravedad del caso, o quizá al provecho que esperaba sacarle. Y, sin embargo, ¿era por eso que sus visitas a la granja constituían, entre las pobres ocupaciones de su vida, una encantadora excepción? Los días que iba allí, se levantaba temprano, salía al galope, forzaba al caballo, luego bajaba para secarse los pies en la hierba y se ponía los guantes negros antes de entrar. Le gustaba que lo vieran llegar al patio, sentir contra el hombro la barrera al girar, oír al gallo que cantaba sobre la tapia, los mozos que salían a recibirlo. Le gustaban la granja y las cuadras; le gustaba el viejo Rouault, que le daba golpecitos en la mano y lo llamaba su salvador; le gustaban los pequeños zuecos de mademoiselle Emma sobre las baldosas fregadas de la cocina; los tacones la hacían más alta y, cuando caminaba delante de él, las suelas de madera se levantaban rápidas y chasqueaban con un ruido seco contra el cuero del botín.

Ella lo acompañaba siempre hasta el primer peldaño de la escalera de entrada. Si aún no le habían traído el caballo, esperaba allí. Ya se habían despedido, no se decían nada más; el aire libre la rodeaba, alborotándole los pelillos de la nuca o sacudiendo en sus caderas los cordones del delantal, que ondeaban como banderolas. Una vez, en la época de deshielo, la corteza de los árboles rezumaba sobre el patio y la nieve de los tejados se derretía. Emma estaba de pie en el umbral; fue a buscar la sombrilla y la abrió. La sombrilla, de seda tornasolada, atravesada por el sol, iluminaba con reflejos cambiantes la blanca piel de su rostro. Ella sonreía bajo el calor tibio, y se oían caer las gotas de agua, una a una, sobre la tirante tela de moaré.

Los primeros tiempos en que Charles frecuentaba Les Bertaux, madame Bovary, su esposa, nunca dejaba de preguntarle por el enfermo, incluso le reservó a monsieur Rouault una página blanca del libro que llevaba por partida doble. Pero cuando supo que había una chica, quiso indagar. Se enteró de que mademoiselle Rouault, educada en el convento de las

ursulinas, había tenido, como se suele decir, una educación esmerada, y que, en consecuencia, sabía danza, geografía, dibujo, hacer tapices y tocar el piano. ¡Aquello era el colmo!

«¡Por eso parece tan satisfecho cuando va a verla –se decía–, y se pone el chaleco nuevo, sin pensar que la lluvia puede estropearlo! ¡Ay, esa mujer! ¡Esa mujer!».

Y la detestó, por instinto. Primero se desahogó con alusiones, pero Charles no las entendió; luego, con reflexiones que él dejaba pasar por miedo a la tormenta; por último, con increpaciones intempestivas, a las que él ya no sabía qué contestar. ¿Por qué volvía a Les Bertaux, si monsieur Rouault ya estaba curado y esa gente seguía sin pagar? Ah, es que allí había cierta persona, alguien que sabía conversar, una bordadora, un alma instruida. Eso era lo que a él le gustaba: él necesitaba señoritas de la capital. Y repetía:

–¡La hija del viejo Rouault, una señorita de la capital! ¿Cómo? Si su abuelo era pastor, ¡y tienen un primo que ha estado a punto de ir a juicio por un mal golpe en una pelea! No sé a qué vienen tantas ínfulas, y eso de ir los domingos a misa con su vestido de seda, como si fuera una marquesa. Y el padre, un pobre infeliz que el pasado año, si no llega a ser por la colza, ¡ya quisiera saber cómo habría pagado las deudas pendientes!

Por cansancio, Charles dejó de volver a Les Bertaux. Héloïse le había hecho jurar con la mano sobre el misal que no volvería, tras muchos llantos y besos, en una gran explosión de amor. Así pues, él obedeció; pero la audacia de su deseo se rebeló contra el servilismo de aquella conducta y, por una especie de ingenua hipocresía, consideró que aquella prohibición de verla le daba como el derecho de amarla. Y, además, la viuda era flaca y tenía los dientes largos. En cualquier época del año se cubría con un pequeño chal negro con un encaje que le caía entre los omoplatos; llevaba la rígida cintura embutida en vestidos que asemejaban fundas, demasiado cortos, que dejaban al descubierto los tobillos, con las cintas de los anchos zapatos entrecruzadas sobre las medias grises.

La madre de Charles iba a verlos de vez en cuando, pero al

cabo de unos días la nuera ya había conseguido ponerla contra el hijo; entonces eran como dos cuchillos que no dejaban de pincharle con reflexiones y observaciones. ¡No debería comer tanto! ¿Por qué siempre tenía que invitar a una copita al primero que pasaba? ¡Y aquella manía de no querer ponerse la camiseta de franela!

Sucedió que, a principios de verano, un notario de Ingouville, detentor de los fondos de la viuda Dubuc, se hizo a la mar inesperadamente, llevándose todo el dinero de sus clientes. Valga decir que Héloïse aún poseía una participación en un barco valorada en seis mil francos, la casa de la rue de Saint-François; pero de toda aquella fortuna que tanta agitación había provocado, en casa solo se había visto algún mueble y ropa vieja. Hubo que aclarar el asunto. Resultó que la casa de Dieppe estaba hipotecada hasta los cimientos; solo Dios sabía dónde estaba el dinero que había colocado en la notaría, y la participación en la barca no ascendía a más de mil escudos. ¡De modo que aquella buena mujer los había engañado!

Exasperado, monsieur Bovary padre rompió una silla contra el suelo y acusó a su esposa de haber traído la desgracia a su hijo, casándolo con aquella mula flaca que no valía ni los arreos que llevaba. Fueron a Tostes. Hubo explicaciones. Se produjeron escenas. Héloïse, llorando, se echó en brazos de su marido suplicando que la defendiera de sus padres. Charles intentó hablar a favor de ella. Los padres se enfadaron y se marcharon.

Pero la suerte estaba echada. Ocho días después, mientras tendía la colada en el patio, Héloïse escupió sangre, y, al día siguiente, cuando Charles se había vuelto de espaldas para correr la cortina de la ventana, ella dijo: «¡Oh, Dios mío!», suspiró y se desmayó. ¡Estaba muerta!

Cuando todo estuvo listo en el cementerio, Charles regresó a casa. No encontró a nadie abajo, así que subió al primer piso, a la habitación, vio el vestido de ella todavía colgado al pie de la alcoba. Entonces, recostado contra el escritorio, se quedó hasta la noche perdido en un ensueño doloroso. Después de todo, ella le había querido.